

SANTA MARIA EGIPCIACA EN LA TRADICION ORAL CHILENA

Grandes y agradables sorpresas me ha dado la búsqueda de cuentos y leyendas a lo largo del territorio nacional. Acaso haya sido la mayor la de escuchar en 1950 de labios de un rústico analfabeto, en el valle de San Francisco, departamento de Los Andes, la narración que él mismo denominaba *El caso de la María Suciaca*. Si el nombre parecía referirse a una de tantas Marías que aparecen en los cuentos populares, el curso del relato fué revelando poco a poco que se trataba de una versión sucinta de la leyenda de Santa María Egipciaca. Ante este hecho singular en las narraciones populares chilenas, surgen las preguntas siguientes: ¿Cómo pudo penetrar esta leyenda en la tradición oral de este rincón de América? ¿Procede la versión chilena de una fuente literaria u oral? ¿Dónde y cómo se formó la versión tradicional oral?

No dispongo de datos que pudieran hacer pensar en que se formó en España una versión oral en prosa del poema medieval *La vida de Santa María Egipciaca*, y menos en América, donde parece que fué desconocido.

Como fuente probable podría estimarse la *Legenda Aurea*, escrita por Jacobo de Voragine, a mediados del siglo XII. Esta colección de Vidas de Santos gozó de gran popularidad en Europa durante la Edad Media¹. Los manuscritos latinos fueron innumerables y se conocen tempranas traducciones francesas. La imprenta reprodujo

¹ Véase Jacques de Voragine, *La légende dorée traduite du latin d'après les plus anciens manuscrits avec une*

introduction, des notes et un index alphabétique, par Teodor de Wyzewa, Paris, 1905, págs. XVIII, XX.

el texto latino y traducción en número a lenguas, según atestigua Miguel A. Ródenas². Sin embargo, la *Legenda Aurea* no corrió la misma suerte en España, donde sólo se haría popular "en compendios o traducciones abreviadas"³. Las vidas de los santos se divulgarían a través de otras versiones españolas. Dice don Marcelino Menéndez y Pelayo en la introducción a los *Orígenes de la Novela*, pág. XXXVI: "Son varias las colecciones hagiográficas impresas en el siglo XVI, que traen con extensión la vida de nuestros santos. Figuran en el *Flos Sanctorum* de Alonso de Villegas, en el del P. Rivadeneyra, en la *Hagiografía* del Dr. Juan Basilio Santoro (Bilbao, 1580) y en otros menos célebres. Pero no parece que llegasen a penetrar en los breviarios particulares de nuestras iglesias, ni que tuviesen culto en España". En América, en cambio, las vidas de los santos se propagaron desde comienzos del siglo XVI, y esto no ha de llamar la atención, si consideramos el carácter evangelizador que tuvo la conquista española. Gracias a las investigaciones de José Torre Revello, sabemos que en 1501 se facilitó a Fray Alonso de Espinar, que venía a América, entre otras obras devotas, un *Flos Sanctorum*⁴ y que desde esa fecha hasta 1699 se registraron como pasadas a América 37 colecciones más con ese nombre, entre todas, 21 sin indicación de autor, 3 versiones en latín de Laurentius Lucius, 12 castellanas de Alonso de Villegas y 2 del P. Rivadeneyra⁵. Si tomamos en cuenta que hasta 1550 no se registraban detalladamente las obras que se enviaban a América, con indicación de autores y títulos, y "que hasta el año 1583 han desaparecido casi en su totalidad los registros de las naos destinadas a las Indias"⁶, podemos suponer que el número de impresiones de tales colecciones fué mucho mayor hasta entonces. A ello debemos agregar las que debieron llegar durante el siglo XVIII y comienzo del XIX. Para Chile he podido comprobar la existencia de dos impresiones latinas de Laurentius Lucius de 1576-81 y de 1617, tres del P. Rivadeneyra de 1688, de 1761 y de

² Véase la *Leyenda Dorada por Jacobo de Voragine puesta en romance* por Miguel A. Ródenas, Madrid, 1913, págs. 10-15.

³ V. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, Madrid, 1905-1907, págs. XXXV-VI.

⁴ V. José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y

Letras, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, 1940, pág. 207.

⁵ V. Torre Revello, obra cit., *Apéndices*, págs. XXV, XXXVI, LIII, LV, LX, LXI, LXII, LXIII, LXIX, LXXXIII, CVIII, CXI, CXXVI, CXXXVII, CXLVII.

⁶ V. Torre Revello, obra cit., pág. 209.

1863⁷, de las cuales las tres primeras con anotación de haber pertenecido a la "Librería del Colegio de la Compañía de Jesús en Santiago de Chile". Las órdenes de los dominicos, franciscanos y mercedarios debieron también poseer impresiones de estas obras, lo que no he podido verificar, porque los conventos respectivos no disponen de catálogos completos.

En consecuencia, estimo que no es aventurado suponer que la versión popular chilena de la Vida de Santa María Egipciaca tiene como fuente un *Flos Sanctorum*, con mayor probabilidad el del P. Rivadeneyra, de más frecuente uso por los religiosos evangelizadores de Chile, cuya acción edificante ha seguido desarrollándose en la época republicana mediante misiones periódicas en pueblos y haciendas. Su formación puede que no sea de larga data, porque ello haría pensar en que la leyenda se difundió extensamente, lo que hasta ahora no puedo aseverar. Tal vez se haya efectuado a fines del siglo XVIII o a comienzos del XIX, y no más tarde. Las modificaciones formales, entre las cuales se destaca el que la acción pase a ser exclusivamente progresiva, la adaptación al ambiente local que sustituye el desierto por la cordillera, y la carencia de sentido del espacio y cierta confusa idea del tiempo que indican un proceso de transformación de leyenda en cuento, exigirían un lapso más largo.

A continuación doy la versión oral chilena que he recogido y la literaria del P. Rivadeneyra del *Flos Sanctorum* de 1688.

El caso de la María Suciaca

La María Suciaca fue una niña muy corrompida en su vida. A la edad de doce años no sabía nada, no se daba cuenta de la vida. No sabía lo que eran padre. Ella se crió a lo de Dios del mundo. Esta niña si ocupaba de pura remolienda toh loh día de su vida; lo único que conocía eran las remolienda. Esta niña toh loh día donde había una remolienda se iba, preguntaba dónde estaban remoliendo para ir ella, porque no si acordaba de otra cosa, de nada de nada.

Llegó esta niña a la edad de dieciséis años, y loh pasó toh ehto año en pura remolienda. Entonces un día oye decir ella que el día de Toh lo Santo era una junción muy linda en Jerusalén. Entonces ella preguntó, se cortó la remolienda, dónde era, para ir ella también.

⁷ Laurentius Lucius, *De Probatis sanctorum historiis*, Coloniae Agrippinae, 1576-81; *Flos Sanctorum*, Coloniae

Agrippinae, 1617. Pedro de Rivadeneyra, *Flos Sanctorum*, Madrid, 1688; 1761; 1863.

Ella se pensó que era función que iba haber, y era una procesión que iba haber en una parroquia. Se puso a andar ehta niña hahta que llegó a Jerusalén. Cuando llegó, a lah cuatro de la tarde, ya la gente ehtaba dentro. Entonce ehta niña no conocía na. Cuando llegó allá, no se daba cuenta qué era. Entonce tiró a dentrar por la puerta de la sacrihtía. No pudo entrar para dentro. La sujetaron tanto que forcejió para entrar para dentro. No pudo entrar. Entonce se puso a llorar en la puerta. Lloró ehta niña hahta que salió toa la gente para fuera hahta que se terminó la procesión, y ella llorando. Ehta niña lloraba porque no tuvo la dicha di alcanzar para dentro para imponerse de qué cosa era. Lo que se jue la gente, salió el cura a preguntarle por qué lloraba tanto. Ella le contestó que lloraba porque no tuvo la dicha de entrar para dentro, porque jue a entrar, la sujetaron, no la dejaron dentrar. Le ijo ehta niña qui hacían cinco díah que venía andando, de don ehtaba remoliendo, a ver ehta procesión que iba haber. Le comunicó al Padre que de la edá de doce año si había ocupao en remolienda, ella no conocía lo que era parroquia, ni padreh, naiden. Lo que conocía eran puroh cantoh de remolienda. Entonce le ijo el Padre que qué era lo que pensaba ahí en ese momento. Le ijo la niña que pensaba haberse arrepentío pa tooh loh día de su vía. Entonce la tomó el Padre di una mano con el sacrihtán y la llevaron al altar que hiciera un arrepentimiento con too su corazón. Dehpueh que si arrepintió, se confesó ehta niña muy arrepentía. Entonce si arregla para irse. Entonce le ijo el Padre qué iba hacer. Le ijo que se iba a ir alojjar a lah montaña, a lah cordillera máh alta. Le ijo que qué quería llevar para el camino, que qué manjareh quería. Le ijo que lo único que quería eran treh granitoh de lenteja y treh cuarterone de pan, naa máh. Le ijo el Padre que cuando volviera —le ijo— elite otro año, ehta fecha me ehpera aquí —le ijo—. Se dehpidió y se jue alojjar en la montaña.

A lo treh día que ehtaba en la montaña, se le terminaron loh treh granitoh de lenteja y loh treh cuarterone de pan. Ehta niña si arrojó a un caletón; ahí ehtaba pegá a una roca. Al siguiente se puso a ehtarbar raíceh de pahto, para mantenerse con raíceh de pahto. Pasó un año manteniéndose en la cordillera. Al año el mehmo día en esa fecha la niña ehtaba de peregrina, vehtía en loh puroh vello. Cuando un día en la tarde, en vihpera de Tooh lo Santo, oyó una voh que icía:

—María, ¿no vah a ir a Jerusalén?

—¿Cómo voy a ir, cuando ehtoy pegá a ehta roca, ehtoy desnua, vehtía en loh puroh vello?

Pero ella no vio a naiden. Entonce le ijo un santo que se llamaba San Zósimo:

—Toma, María, mi capa. Se la tiró. Te envuelveh en ella y vamo mañana temprano a Jerusalén, a la procesión muy linda que va haber.

Al otro día por la mañana sale la María a Jerusalén a la procesión muy conforme. Llega en la tarde allá. Y le ice el padre:

—¿Cómo le va, María?

—Muy bien, padre. Ya volví a cumplir.

Ehta niña ya bahtante se reconocía que ehtaba bahtante arrepen-tía. Salió la procesión. Jue ehta niña, se confesó y se dehpidió del Padre para irse a su cordillera donde ehtaba su montaña. Le ijo el Padre:

—¿Qué manjareh quere que le dé, María?

—Ninguno, Padre. Necesito que me dé un puro granito de lenteja.

El granito de lenteja lo agarró y se lo echó a la boca. Le ijo el Padre:

—Ehte otro año la ehpero en ehte mehmo día, en ehta mehma fecha.

—Muy bien, pueh, Padre. ¡Y adióh!

Se jue para su cordillera. A loh treh día que había llegao a su roca que ehtaba, salió un día a un arenal que había muy lindo, y se gana en el arenal, y se ehtiende el pelo, y ehcribe un letrero que le honren el cuerpo a Santa María Suciaca. Ahí murió al momento.

Baja un lión de la cordillera, que le corrian lah lágrima, y principia a medirle la sepultura para honrar su cuerpo. Al siguiente baja el santo San Zósimo y no si animaba atracarse, porque veía al lión. Entonce ijo el lión:

—Bájate no máh, Zósimo, para que enterremoh a María Suciaca.

Se bajó San Zósimo. Y le hicieron la sepultura y enterraron a María Suciaca San Zósimo y el lión. Y ahí le honraron el cuerpo a Santa María Suciaca en el arenal. Y en la cordillera quedó su cuerpo por ser tan convertía la niña.

Dehpueh el Padre la ehperó a la vuelta di año. No volvió máh.

La vida de Santa María Egypciaca

Habiendo vivido en un Monasterio de Palestina muchos años en gran perfección de vida un santo Monge llamado Zósimas, se pasó a otro Monasterio que estaba junto al río Jordán por particular instinto e inspiración de Dios. Salió una vez (como lo acostumbraban hacer cada año todos los Monges de aquel Monasterio en el principio de la Cuaresma, después de haber recibido la sagrada Comunión) para entrarse más adentro del desierto, y darse más de veras a la penitencia, oración y contemplación del Señor, sin que ninguna cosa de la tierra le divirtiese de tener el corazón fixo en las del Cielo, y con deseo de hallar algún ermitaño que le enseñase el camino de la perfección; porque aunque él se había exercitado en ella toda su vida, todo lo que había hecho le parecía poco, y no acordándose de lo que había granjeado, anhelaba a lo que le faltaba. Veinte días habían ya pasado después que salió del Monasterio, cuando estando en oración a hora de Sexta, vió cerca de sí una cosa como sombra de cuerpo humano. Turbóse el principio algún tanto, pensando si era alguna fantasma; pero haciendo la señal de la Cruz, desechó aquel vano temor, y habiendo ya acabado su oración, y mirando con más atención aquella figura, le pareció que era muger, cuyo cuerpo estaba tostado, y denegrido por los calores del Sol: tenía pocos cabellos, y que solamente le llegaban hasta la cerviz, pero eran blancos como lana. Deseó Zósimas saber quién era y hablar con ella, porque desde que salió al desierto, no había visto persona humana, ni animal de la tierra, ni ave del Cielo: y acercándose a ella comenzó a huir a lo más apartado de aquella soledad. Olvidado Zósimas de su cansada edad, y flacas fuerzas, iba corriendo tras ella, y al fin la vino a alcanzar, y estando cerca della, que le pareció que le podía oír, le dixo con tiernas, y copiosas lágrimas: ¿Por qué huyes de mí, siervo de Dios? Mira que soy viejo, y pecador. Yo te pido, y te conjuro, por aquel Señor a quien sirves en esta soledad, que me aguardes, y te compadezcas de mí. Oyendo estas palabras, ella se volvió al Santo Viejo, y le dixo: Abad Zósimas, por Dios te pido me perdones, que soy muger, y estoy desnuda como ves, y por eso no puedo esperarte: mas si quieres que lo haga, para que des a esta pecadora tu bendición, y hagas oración por mí, dame ese tu manto con que pueda cubrir mi desnudez. Espantóse Zósimas, cuando se oyó nombrar por su nombre de persona a quien nunca había hablado, ni visto, y entendió que era negocio de Dios. Arrojó luego su manto, y apartóse a la otra parte para que la muger le pudiese tomar más

honestamente, y cubrir e con él, y hablarle. Estando ya cubierta, llegó donde él estaba, y díxole: ¿Qué quieres desta muger miserable, y pecadora, o Padre Zósimas, que con tanta diligencia me has seguido? Hincóse él luego de rodillas, pidiéndole su bendición; y ella hizo otro tanto, y le dixo: Más razón es, Padre Zósimas, que tú me bendigas a mí, pues eres Sacerdote, y ha tantos años que te llegas al Altar del Señor, y participas de sus divinos dones. Oyendo estas palabras, se turbó aun más el Santo viejo, que cuando se oyó nombrar por su nombre, porque juzgó que Dios estaba en aquella muger, y le había revelado quién era; y temblando con voz quebrantada, y que apenas podía salir de su boca, y acompañada de muchas lágrimas, y sollozos, le respondió: Por esa parte verdad es, que ya te hago ventaja; pero tú me la haces a mí en ser más agradable a Dios, pues a ti te he descubierto quien yo soy, y a mí me ha descubierto quien eres tú. Pídote por el Señor a quien sirves, que me consueles con tu bendición. Y ella convencida de sus lágrimas, y piadosos ruegos, dixo: Bendito sea el Señor, que procura la salud de nuestras almas; y Zósimas respondió: Amen. Y con esto se levantaron los dos. Entonces ella le dixo: Dios te ha movido Zósimas a entrar en esta soledad, para que vieses a esta pobre pecadora. Dime, yo te ruego, ¿cómo está la Cristiandad? ¿Qué Emperadores gobiernan el Mundo? ¿Tiene paz la Iglesia, o es perseguida de tiranos? Y habiendo satisfecho a lo que le preguntaba, le rogó Zósimas, que hiciese oración por él, para que Dios le diese gracia de acabar bien la vida en su servicio; y ella por obedecerle se apartó un poco dél, y volviendo el rostro a Oriente, y alzando sus ojos, y manos al Cielo, hizo oración, y mientras que oró, estaba un codo levantada del suelo; de lo cual fue tanto el temor que sobrevino al Santo viejo, que cayó en tierra, diciendo: Misericordia, Señor, dudando mucho que no fuese algún espíritu, y no persona humana la que allí oraba. Mas acabada la oración, llegóse la muger, y travando dél, le dixo: ¿Qué es, o Abad Zósimas, lo que te escandaliza, y revuelves en tu corazón y dudas si soy espíritu? Ten por cierto que soy muger, y no espíritu, y polvo, y ceniza. Asegurando Zósimas que era muger, y no espíritu, le pidió encarecidamente, que le dixiese quién era, y cuál había sido su vida, y por qué hacía tal penitencia, y que no le encubriese cosa, porque entendía que Dios por este efeto le había traído allí, para manifestar por este camino sus maravillas. Fué tanto lo que Zósimas apretó a la santa muger, que después de haberse escusado, y díchole que su vida había sido tan abominable, que ni ella la podía decir sin vergüenza, ni él oírla sin espanto, y que el

mismo aire se inficionaría: al final le contó, y le dixo: Que ella había nacido en Egipto, y siendo de doce años, se había huído de la casa de sus padres, y ido a la Ciudad de Alexandría donde había perdido su virginidad, y con ella toda la vergüenza, y modestia, que es propia de mugeres. Porque eran tan grandes las llamas del fuego infernal de la luxuria, que la abrasaban, y tan extraño el deleite que sentía en ofender a Dios con su cuerpo, que gastó diez y siete años en todo género de torpezas, no por intereses, ni por precio, ni dones que le diesen, sino sólo por su gusto: porque le parecía, que el mayor precio de su deshonestidad era el deleite que en cometerla recibía. Y que por eso no quería recibir nada de nadie, aunque se lo ofreciese, sino que ella se sustentaba, o de lo que pedía por las puertas, o de un poco de estopa que hilaba: y que había sido como una puerca, que se revuelca, y se entretiene, y recrea en cieno sucio, y abominable; y como un muladar, y una red del demonio, enlazando las ánimas de todos cuantos trataba. Y que había sido esto con tanta rotura, que viendo un día que se embarcaba mucha gente en Alexandría en una nave, para navegar a Ierusalén, y hallarse el día de la Exaltación de la Santa Cruz, le vino gana de pasar ella también en aquella nave, y no teniendo dineros para pagar el flete, entregar por él su cuerpo a todos los que la quisiesen: y así arrojando la rueca que tenía se entró en la nave, provocando los pasajeros que ya estaban en ella con gestos, y movimientos lascivos a risa, y disolución. Y que en aquella navegación había provocado, y enredado a muchos, siéndoles incentivo, y causa de su perdición, de tal manera, que ella misma temía y temblaba, cómo la mar no la había tragado, y la tierra no la había hundido, y el Señor no la había arrojado en lo más profundo del infierno. Díxole más, que llegando a Ierusalén, había añadido culpas a culpas, pecados a pecados, y maldades a maldades, y siendo en tierra la misma que había sido en la mar, y en Ierusalén, y la que había sido en Alexandría. Añadió, que el día de la Exaltación de la Santa Cruz, yendo todos al Templo para verla, y adorarla, ella también quiso entrar, y juntándose con la muchedumbre de la gente que iba al Templo, cuando llegaba a la puerta dél, no podía en ninguna manera entrar, entrando los demás sin impedimento alguno: porque le parecía que la detenían, y le hacían resistencia para que no entrase. Y habiendo probado a entrar tres, o cuatro veces con gran fuerza, visto que todas le salían en vano, comenzó a pensar, qué podría ser la causa, que entrando todos los otros tan fácilmente en el Templo, ella sola no pudiese entrar. Y pensando en esto, un rayo de la luz Divina la

había alumbrado, y abierto los ojos, para conocer su mal estado, y que siendo tan fea, y abominable su alma, no merecía entrar en aquel Santo, y Glorioso Templo del Señor; y que deste sentimiento le había venido una gran compunción, y dolor de sus pecados, y había comenzado a herirse los pechos, y llorar muchas lágrimas, y viendo allí una Imagen de la Gloriosísima Virgen María nuestra Señora, con entrañables suspiros se había vuelto a ella, y díchola con gran ternura: Virgen gloriosa, que engendraste, según la carne, a Dios verdadero, bien sé que no soy digna de mirarte, ni de que tú me mires; porque tú siempre fuiste castísima, y purísima, y yo en el alma, y en el cuerpo soy un albañar de inmundicias: mas pues Dios se hizo hombre para salvar a los pecadores, no me deseches Señora, porque estoy sola, y no tengo otra ayuda, ni refugio, sino a ti. Dame licencia para que entre en el Templo, y vea el Salutífero madero de nuestra Redempción, que yo te prometo de no ensuciar más mi cuerpo con deleite carnal, y que en viendo la santa Cruz, daré de mano a todas las cosas del siglo, y entraré por aquella estrecha senda de salud que tú me mostrares. Hecha esta oración, confortada con el favor de la Virgen, le dixo, que se había juntado con la gente, y probado si podía entrar, y que luego entró sin dificultad alguna. Y que estando en el Templo, vió la santa Cruz, que se mostraba a todos, con pavor, y temblor, considerando sus graves pecados, y que habiendo cumplido con sus devociones, se volvió al lugar donde estaba la Santa Imagen de la Virgen, a quien antes se había encomendado, y díchole: Ya es tiempo, Señora, que yo cumpla lo que os he prometido; enseñadme, y mostradme el lugar donde queréis que esté, y lo que tengo de hacer. Y que diciendo estas palabras, oyó una voz que le dixo: *Si pasares el Iordán, allí hallás reposo*. Y entendiendo que aquella voz hablaba con ella; y tornando a suplicar a N. Señora que la tuviese de su mano, se había puesto en camino hacia el Iordán, con solos tres pequeños panes que compró de cierta limosna que un buen hombre le había dado. Llegó aquel día al río Iordán, derramando en el camino muchas lágrimas; lavóse el rostro, y los pies con aquella agua santificada; recibió los Santos Sacramentos de la Penitencia, y del Altar, en un Monaterio de San Juan Bautista que allí estaba; y después comió medio pan de los que llevaba, y bebió un poco de agua del Iordán, y echóse a descansar en el suelo; y otro día pasó el Iordán, suplicando siempre a la Sacratísima Virgen Nuestra Señora, que la guiase, y le mostrase el camino por donde había de ir; y con tan buena guía, se fué alexando, y entrando más adentro del desierto esperando la misericordia de aquel Señor, que

llama a los pecadores, y salva a los que se convierten a él. Después que hubo referido la santa pecadora a Zósimas todo lo que aquí habemos dicho él la preguntó, cuántos años había estado en aquel desierto, y qué manjares había hallado en él, y comido? Ella respondió: que cuarenta y siete años había estado en aquel yermo, y que aquellos dos panes y medio que llevaba consigo cuando pasó el Jordán, se habían endurecido como una piedra, y que comiendo un poquito de ellos, le habían bastado para algunos años. Quiso Zósimas saber della, si había tenido mucha dificultad en aquella manera de vida tan rigurosa, especialmente en los principios, y las tentaciones, y batallas que había sufrido, y cómo las había vencido; rogándola con grande instancia, que le descubriese toda su alma, como había comenzado, in dexar cosa que no le dixese. Y ella le respondió, que sólo el pensar las batallas que había pasado, y los combates que había tenido le ponía grima; porque por espacio de siete años había padecido tantas, y tales tentaciones, que si no fuera muy favorecida de Dios, muchas veces la vencieran, y la hicieran volver a la vida pasada. Porque el demonio le traía a la memoria los deleites, y gustos sensuales, y los regalados manjares del siglo, y especialmente el vino que antes solía beber con abundancia, las palabras amorosas, y las canciones que solían cantar, para provocar a los hombres a que la deseasen: mas que cuando se hallaba más acosada de estos pensamientos feos, se arrojaba en el suelo, hería sus pechos, y derramaba muchas lágrimas, y suplicaba amargamente a la Sacratísima Virgen María, que pues la había dado por fiadora a su precioso Hijo, de la enmienda de su vida, que la favoreciese en aquel trance peligroso, y la amparase, y defendiese del cruel enemigo, y le alcanzase vitoria de su mismo Hijo, a quien ella confiada de su patrocinio deseaba servir. Y que solía, postrada, juntar la boca con la tierra, ponerse en oración, y permanecer en ella, hasta que se veía cercada de una luz del Cielo, con que todas aquellas tinieblas, y tentaciones se deshacían, y su alma quedaba serena, y consolada. Y pasados los diez y siete años, había tenido mucha paz, y experimentado grandes favores en la intercesión de la Virgen. Preguntóle más, ¿qué había comido en todos aquellos años, y cómo lo había pasado acerca del vestido? Y ella dixo, que acabados los tres panes que había traído consigo, comió las yerbas del campo por espacio de los diez y siete años, y anduvo vestida, hasta que los vestidos que traía auestas se le rasgaron, y pudrieron, y que así quedó desnuda, y a esta causa había padecido mucho, y sido muy fatigada, por los rigurosos fríos del Invierno, y los calores excesivos del Verano; que después

la divina misericordia había sustentado su alma, y su cuerpo con su divina palabra, y vestídola con su gracia; y que así su comida, bebida, y vestido, era la palabra del Señor, porque el hombre no vive con solo pan, sino con la palabra que procede de la boca de Dios. Y porque Zósimas se admiró que le citase palabras de la sagrada Escritura, ella le dixo, que después que pasó el Iordán, no había visto persona viviente, ni animal alguno, ni había aprendido letras; pero que el Señor, que es Verbo Eterno, enseña la ciencia a quien es servido. Rogóla más, que mientras ella viviese no descubriese a nadie lo que había oído, y que el año siguiente no saliese la Cuaresma de su Monasterio, como solía, porque Dios no le dexaría salir, y que la semana Santa, la víspera de la Cena del Señor, tomase el Santísimo Sacramento del Cuerpo de Iesu-Christo Nuestro Redemptor y se viniese con él junto al río Iordán, para que ella le recibiese de su mano, porque no se había comulgado desde que se comulgó en el Oratorio de San Juan Bautista, por no haber quien le administrase aquel Santo Sacramento, y ser voluntad de Dios que ella permaneciese en aquella soledad. Y que le avisaba, que dixese a Ian, Abad de su Monasterio, que velase sobre él, porque algunas cosas se hacían dignas de su corrección: mas que no se lo dixese esto hasta que Dios lo mandase. Acabado este razonamiento, pidiendo la bendición a Zósimas, y rogándole que suplicase a N. Señor le perdonase sus pecados, se despidió dél, y le dexó, y se entró por aquella soledad adentro, quedándose el santo viejo deshaciéndose en lágrimas, y haciendo gracias al Señor por las obras maravillosas de su misericordia, y besando la tierra que había pisado la que antes había sido tan gran pecadora, y aora era ejemplo, y dechado de penitentes. Volvió a su Convento, aguardó otro año, y quedóse en él la Cuaresma con ocasión de una calenturilla que le dió, sin descubrir a persona alguna lo que con aquella santa muger le había pasado; y venida la víspera de la Cena, tomó el Santísimo Sacramento secretamente en un cáliz, y en una cestica algunos higos, dátiles, y lentejas, y fuese al Iordán, como ella le había ordenado. Allí, habiendo aguardado un poco, y teniendo varios, y congoxosos pensamientos, si había venido, y no hallándole, y cuando viniese, cómo había de pasar el río; finalmente la vió venir, y haciendo la señal de la Cruz sobre las aguas del Iordán, pasarle a pie enxuto con grande admiración, y espanto del santo viejo que cuando la vió se quiso echar a sus pies, y ella le dió voces, diciéndole que no lo hiciese, porque era Sacerdote; y traía en sus manos a Dios; y llegando a él le pidió su bendición, dándole gracias por haberla querido visitar. Dixeron luego los dos el Credo,

y el Paternoster, y comulgó derramando muchas lágrimas la Santa muger; la cual, levantando las manos al Cielo, y puesto como estaba de rodillas, dixo aquellas palabras del santo viejo imeón: *Aora, Señor, dexas a tu siervo en paz, según tu palabra, pues han visto mis ojos tu salud.* Y acabó con rogar a Zósimas, que el año siguiente volvie e al mismo lugar donde la primera vez la había visto, porque allí la vería de la manera que Dios fuese ervido. El prometió de hacerlo, y le rogó encarecidamente que tomase aquel regalo que la traía: ella estendió la mano, y tomó tres lentejas solamente, y llególas a su boca, sin querer otra cosa, diciendo, que la gracia del Espíritu Santo bastaba para guardar el alma sin mancilla, y que la encomendase a Dios, y se acordase siempre de su miseria. El respondió, que lo mismo hiciese ella por él, y por toda la Iglesia. Y con esto, haciendo la señal de la Cruz sobre el Jordán, tornó a pasarle como antes, y Zósimas se volvió a su Monasterio, por una parte muy consolado por lo que había visto, y hecho; y por otra triste, y congoxado, por no haber preguntado el nombre de aquella Santa pecadora; pero consolábase, que el año siguiente lo podría saber della.

Vino el tiempo eñalado de la Cuaresma, y Zósimas fué al desierto, y anduvo por él buscando algunos días a la Santa, deseosísimo de hallarla; y llorando muchas lágrimas, alzando los ojos al Cielo, decía: *Manifestadme, Señor, este Tesoro escondido, que a este pecador os habéis dignado descubrir. Vea yo a este Angel en cuerpo humano, con quien todo el mundo no se puede comparar. Y llegándose al lugar donde la primera vez la había visto, y hablando, notó que salían de allí unos rayos tan claros como del Sol resplandeciente; y acercándose más vió a la Santa que estaba muerta, y su cuerpo tendido en el suelo, y bien compuesto hacia Oriente. Halló en el suelo unas letras, que decían: *Entierra, Abad Zósimas, el cuerpo de Maria la Pecadora, y da a la tierra lo que es suyo, y junta el polvo con el polvo, y ruega a Dios por mí, que muero en la noche de la salutifera Pasión de Christo, a los nueve de Abril, después de haber recibido la sagrada Comuni3n.* Entendió por estas letras Zósimas, que el nombre de aquella muger era María, que luego, como el año antes, había recibido el Santo sacramento, dentro de una hora había venido a aquel lugar, y andando todo aquel espacio de tierra, aquel había tardado en llegar veinte días. Llegó al cuerpo, y comenzó a besarle los pies, dixo el Oficio de difuntos, rezando Psalmos, y cantando Hymnos, coforme al uso de la Iglesia: y estando congoxado, por no saber cómo había de sepulparle, vió de improviso venir un ferocísimo León, y que lamía los pies de la Santa; y entendió que*

Dios se le enviaba para que le ayudase en aquel piadoso ministerio. Hizo la señal de la Cruz y mandó al león que cavase en la tierra, y que hiciese un hoyo en que el santo cuerpo fuese puesto. Obedeció el león, y cavó un lugar capaz, en el cual Zósimas depositó aquel rico tesoro, quitándole el manto viejo, y ya roto, que antes él la había dado para que se cubriese, y llevándose por reliquia de aquella Santa Penitente. Tornó el león a echar la tierra sobre el cuerpo, y cumplido con este oficio, se partió de allí como una mansa oveja, y Zósimas tornó a su Monasterio, bendiciendo, y glorificando al Señor. Contó a los Religiosos todo lo que había pasado con aquella santa muger, y ellos quedaron admirados, y dando gracias a Dios por lo que obra en sus Santos, y señalaron aquel día para celebrar fiesta con nombre de S. María Egipcíaca Penitente. El Abad, inquirendo en su Monasterio, halló algunas faltas que corregir, y enmendar, conforme al aviso que le dió la Santa, y así las corrigió. Zósimas vivió después en aquel Monasterio mucho tiempo, y siendo ya de edad de cien años, trocó el suelo por el Cielo. Fué varón santísimo, y el Martyrologio Romano dél a los cuatro de Abril. Esta es la vida desta Santa pecadora, la cual escribió Sofronio, Obispo de Ierusalén, como lo testifica Nicéforo Calixto en el libro diez y siete, capítulo quinto de su Historia; y Paulo Diácono (en el Histórico de Aquileya, finó otro Napolitano) la traduxo en Latín; y el Concilio segundo Niceno, en la acción cuarta la cita; y San Iuan Damasceno en la tercera Oración que escribió de las Imágenes. Vivió esta santa muger imperando Justino el viejo, por los años del Señor de quinientos y veinte. El Martyrologio Romano, y el de Usuardo ponen su vida a los dos de Abril; y los Griegos en su Menologio el primero de Abril, aunque su muerte fué en nueve del mismo mes, como se ha dicho. Trata della el Cardenal Baronio en las Anotaciones del Martyrologio, y en el séptimo tomo de sus Anales.

Y. PINO SAAVEDRA